

La noche de Tlatelolco y la poética de la plaza: estrategias para salir del margen

Angela Di Matteo
UNIVERSITÀ DI ROMA TRE

ABSTRACT

Fifty years after the student slaughter in 1968 in Mexico City, Elena Poniatowska's *La noche de Tlatelolco* still represents the narrative archetype of the massacre. This essay aims to analyse the mythical, structural and social elements of the work that, from the intersubjective experience of the silenced periphery, outlines a new methodology for the reconstruction of historical memory. By challenging the State project for the marginalization of the residual voices, the *plaza's poetics* turns the testimonio's polyphony into an aesthetic strategy of political denounce.

Keywords: Aesthetics of resistance; de-marginalization; testimonio; residual voices; speaking subalterns.

A cincuenta años de la matanza estudiantil de 1968 en la Ciudad de México, *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska sigue representando el arquetipo narrativo de la masacre. Este trabajo quiere analizar los elementos míticos, estructurales y sociales de la obra que, desde la experiencia intersubjetiva de la periferia silenciada, plasman una nueva metodología de reconstrucción de la memoria histórica. Desafiando el proyecto de Estado de marginalización de las voces residuales, la *poética de la plaza* transforma la polifonía testimonial en una estrategia estética de denuncia política.

Palabras claves: Estética de la resistencia; de-marginalización; testimonio; voces residuales; subalternos hablantes.

¿Quién es el que mata?
¿Quiénes los que agonizan, los que mueren?
¿Los que huyen sin zapatos?
¿Los que van a caer en el pozo de una cárcel?
¿Los que se pudren en el hospital?
¿Los que se quedan mudos, para siempre, de espanto?
¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente, nadie.

Rosario Castellanos¹

Han pasado cincuenta años de la matanza de Tlatelolco y aún no paran de sumarse nuevas fechas fúnebres al calendario mexicano del horror. El sacrificio de la juventud estudiantil en la Ciudad de México sólo parece haber inaugurado una larga y macabra tradición. En los últimos años la carnicería del 26 de septiembre de 2014 ha vuelto a ensangrentar el País con torturas, muertes y desapariciones² que ahogan en el narcotráfico y en la corrupción militar los que desde la invisibilidad del margen siguen resistiendo a feroces injusticias sociales y económicas. De Tlatelolco a Ayotzinapa la eliminación física se ha normalizado como la práctica estatal más eficaz para el control y la contención de la clase estudiantil. Por esta razón, a distancia de medio siglo, me parece cuanto más urgente que volvamos al origen, a ese 2 de octubre de 1968 que marcó el comienzo oficial de las violaciones de los derechos humanos en el México moderno.

La raíz del conflicto remonta a una gresca del 22 de julio de 1968 entre dos bandas de estudiantes del Politécnico y de la UNAM: la pelea es reprimida primero con granaderos y finalmente con el ejército. A lo largo de todo el verano del '68 escuelas y universidades quedan bajo la acción persecutoria del Presidente Díaz Ordaz y en respuesta a las violentas irrupciones de la policía y del ejército siguen una serie de huelgas y manifestaciones. El movimiento estudiantil forma el Consejo Nacional de Huelga (CNH) que exige el fin de la represión y el castigo a los represores. El 2 de octubre, durante un mitin en Tlatelolco, millares de personas reunidas en una asamblea pacífica son atacadas por el ejército y por el batallón Olimpia, un grupo paramilitar vestido de civil que actuaba bajo las órdenes de la

¹ Fragmento de "Memorial de Tlatelolco". Rosario Castellanos en Poniatowska, 2015, p. 166.

² Hago una distinción entre muertos y desaparecidos para subrayar el doloroso proceso que se conoce como "duelo suspendido", es decir el luto para las personas cuyos cuerpos quedan irremediabilmente ausentes.

presidencia. En el fuego cruzado centenares de estudiantes caen heridos, presos y muertos en la Plaza de las Tres Culturas³.

A partir de Tlatelolco todo cambia en la conciencia nacional: junto a los cuerpos, la brutalidad de la máquina de estado desmembra la voz de la democracia y la fatal coincidencia de la fecha, que anticipa de un mes las celebraciones novembrinas, despoja la muerte de su traje ritual. Parteaguas entre la época de la inocencia civil y la lucha para el derecho a la verdad, Tlatelolco impone un análisis retrospectivo de la narración de la memoria y activa una profunda revisión de sus presupuestos metodológicos. Entre los textos que se han publicado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y comienzo del XXI, *La noche de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska representa sin lugar a duda el que más ha sabido devolver una imagen vívida y auténtica de la masacre. “El movimiento estudiantil de 1968 y la represión gubernamental que brutalmente lo quebró” – escribe Octavio Paz en el prólogo a la edición en inglés de la obra – “fueron sucesos que conmovieron a los mexicanos. Se inició entonces una crisis política, social y moral que todavía no ha sido resuelta” (Paz, 1994, p. 327). Efectivamente muchos de los testimonios recogidos por la periodista confirman esta crisis irresuelta que provoca, sobre todo a nivel existencial, un profundo complejo de pérdida y alienación:

Yo no soy el mismo; todos somos otros. Hay un México antes del Movimiento Estudiantil y otro después de 1968. Tlatelolco es la escisión entre los dos Méxicos.

Luis González de Alba, delegado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM ante el CNH, preso en Lecumberri (Poniatowska, 2015, p. 16).

Yo siento que vivo ya una vida de segunda mano.

Paula Iturbe de Ciolek, madre de un estudiante muerto (*ivi*, p. 149).

Y ahora, ¿qué voy a hacer yo de todo este tiempo que será mi vida?

Carlota Sánchez de González, madre del estudiante muerto por un policía por pintar una barda, el sábado 16 de noviembre de 1968 (*ivi*, p. 150).

[...] trato de pensar que este octubre nuevo se llevó al de 68, antes de que todos muriéramos – porque nosotros también morimos un poco – en la Plaza de las Tres Culturas.

Ernesto Olvera, profesor de Matemáticas de la Preparatoria 1 de la UNAM (*ivi*, p. 153).

³ El número de los muertos todavía queda sin conocer con exactitud. De acuerdo con el periodista inglés John Rodda (*The Guardian*) y Octavio Paz, se considera que 325 representa la cifra más probable.

Después de Tlatelolco soy otro, no sé si mejor o peor. Bueno o malo, así como me dejó Tlatelolco, así voy a morir.

Manuel Cervantes Palma, estudiante de la ESIQIE del IPN (*ivi*, p. 269).

Por medio de su inédita mirada colectiva, la obra recodifica el antiguo modelo historiográfico y sigue representando el documento más distinguido de las crónicas del '68 a pesar de la extensa producción que se ha popularizado bajo el nombre de "literatura de Tlatelolco". De hecho, muchos son los aportes y muchos los enfoques teóricos y críticos que, tanto en épocas tempranas como en las más recientes, han tratado no sólo de reformular las dinámicas de la matanza sino de ofrecer una introspección del fenómeno más allá de una simple cronología del asalto. Pienso, por ejemplo, en *El movimiento estudiantil en México*, fundamental trabajo histórico publicado en 1969 por Ramón Ramírez; en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), libro de poemas de José Emilio Pacheco; en *Posdata*, que Octavio Paz publica en 1970 como anexo político a su *Laberinto*; en *Días de guardar* (1970), crónicas urbanas en que Carlos Monsiváis comenta los momentos centrales de la sociedad mexicana; en *Los días y los años* (1971) de Luis González de Alba, testimonio imprescindible que reconstruye el activismo y la reclusión del autor; en *El gran solitario de Palacio*, la aguda alegoría de René Avilés Fabila publicada en 1971; en los fragmentos de José Revueltas, reunidos en 1978 en *México 68: juventud y revolución*, obra póstuma que recopila notas y comentarios políticos del escritor y en las piezas de teatro *Octubre terminó hace mucho tiempo* (1969) de Pilar Retes y *Plaza de las tres culturas* (1978) de Juan Miguel de Mora. Ensayos como *La imaginación y el poder* (1998) de Jorge Volpi, *Después de Tlatelolco* (2001) de Ignacio Corona Gutiérrez y *El 68. La tradición y la resistencia* (2008) de Carlos Monsiváis destacan en esta penúltima década por su calidad crítica que contextualiza la perspectiva histórica en el horizonte contemporáneo. Sin detenerme más en la literatura de la matanza y sin olvidar que también hay obras en contra del movimiento estudiantil – una entre todas *Tlatelolco, historia de una infamia* (1969) de Roberto Blanco Moheno – lo que cabe constatar es que en este proceso de recuperación de la palabra que va del teatro a la crónica periodística, de la novela al ensayo, *La noche de Tlatelolco* queda irrenunciable en la investigación de la primera batalla social del México posrevolucionario. De hecho, como señala Monsiváis, el testimonio de Poniatowska "no es el único libro sobre el '68, pero sí, y comprobadamente, el de más perdurable resonancia" (Monsiváis, 2015, p. 234).

Tras dos años de encuestas, entrevistas y coloquios, Elena Poniatowska recoge los relatos de los que vivieron, tanto en el ataque como durante los años que siguen, la legalización de la violencia y la total negación de la Declaración Universal de 1948. Recopilación de fragmentos escritos y orales, la obra renueva el

género de la crónica en México hasta convertirse en el punto de partida para comprender las consecuencias sociales de la represión y de la “gran insurrección moral, antiautoritaria y jurídica” (*ivi*, p. 13). Año fundacional –“año axial” diría Paz (2008a, p. 369) – de la nueva conciencia mexicana, el ‘68 queda grabado en los retratos de *La noche de Tlatelolco* que persiste, hasta nuestros días, como el paradigma literario de la resistencia. Lo que permite a estas páginas de resistir al tiempo y a las reescrituras contra cualquier voluntad de olvido ha de buscarse en la fuerza dramática de un enfoque documental plural que supo transformar la polifonía testimonial en una estrategia estética de denuncia política. Poniatowska vincula su trabajo de búsqueda por la verdad con toda la comunidad silenciada y desarrolla un libro coral que desde la experiencia intersubjetiva alcanza una visión colectiva de los hechos. Según la que llamaría una *poética de la plaza*, la obra lleva a cabo un exitoso proceso de de-marginalización y activa incluso en el lector contemporáneo un sentimiento de empatía al horror y, al mismo tiempo, una más profunda comprensión de la realidad presente.

Poética de la plaza: mito, polifonía y compromiso político

Tomado de un artículo de Francisco Martínez de la Vega publicado en *El Día* el 8 de octubre 1968⁴, el título elegido por Elena Poniatowska lleva en sí toda una historia de represión. Si en *Posdata* Octavio Paz recurre a la figura de la pirámide para describir a México cual un palimpsesto espacio-temporal que recrea nuevos eventos encima de viejas ruinas, asimismo este título funciona de caja de resonancia: si por un lado representa las tinieblas de la violencia y el vacío del derecho y de la democracia, por el otro reevoca el recuerdo de un repertorio de derrotas y fracasos. De hecho la tragedia de 1968 desenterra en el imaginario mexicano la fatal captura de Cuauhtémoc, último tlatoani azteca caído por mano de Cortés tras haberse refugiado en la ciudad de Tlatelolco y, al mismo tiempo, trae a la memoria el temblor de 1985, que siempre en Tlatelolco causó centenares de muertos. Si además se tiene presente que en la que hoy llamamos Plaza de las Tres Culturas (ya que en una misma área se encuentran edificios de época prehispánica, colonial y moderna) se erguía un templo azteca donde se celebraban sacrificios humanos, pues quedará todavía más impactante la tensión emotiva de la metáfora nocturna asociada a un espacio urbano tan central en la historia de los traumas nacionales. La ejecución de los inocentes, cuya sangre se derrama sobre la piedra de antiguos sacrificios, encuentra su más alta expresión en “Memorial de Tlatelolco” de Rosario Castellanos, escrito en ocasión de la labor documental de

⁴ “Es necesario dejar constancia de nuestro indignado asombro por esa noche de Tlatelolco que presidieron la barbarie, el primitivismo, el odio y los más siniestros impulsos”. Véase: Poniatowska, 2015, p. 163.

Poniatowska y que queda grabado en la Estela de piedra puesta en el centro de la Plaza:

[...] No busques lo que no hay: huellas, cadáveres,
que todo se le ha dado como ofrenda a una diosa:
a la Devoradora de Excrementos.

No hurgues en los archivos pues nada consta en actas.

Ay, la violencia pide oscuridad
porque la oscuridad engendra sueño
y podemos dormir soñando que soñamos.

Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria.
Duele, luego es verdad. Sangra con sangre.
Y si la llamo mía traiciono a todos.

Recuerdo, recordamos.

Esta es nuestra manera de ayudar a que amanezca
sobre tantas conciencias mancilladas,
sobre un texto iracundo, sobre una reja abierta,
sobre el rostro amparado tras la máscara.

Recuerdo, recordemos
hasta que la justicia se siente entre nosotros.
(Poniarowska, 2015, pp. 165-166).

El poema, que abre la segunda sección del volumen, traza con la fuerza de sus pinceladas el vacío deshumano de la plaza violada y entreteje un mosaico intratextual con los demás testimonios que, como los versos de Castellanos, insisten en la imagen de la sangre y del sacrificio:

La sangre pisoteada de cientos de estudiantes, hombres, mujeres, niños, soldados y ancianos se ha secado en la tierra de Tlatelolco. Por ahora la sangre ha vuelto al lugar de su quietud. Más tarde brotarán las flores entre las ruinas y entre los sepulcros.

E.P. (*ivi*, p. 174).

También había sangre en las paredes; creo que los muros de Tlatelolco tienen los poros llenos de sangre. Tlatelolco entero respira sangre.

Margarita Nolasco, antropóloga (*ivi*, p. 174).

Había mucha sangre pisoteada, mucha sangre untada a la pared.

Francisco Correa, físico, profesor del IPN (*ivi*, p. 182).

Aquí estoy en Tlatelolco, hoy 2 de octubre, tengo veinticuatro años. Me está saliendo mucha sangre. Aquél también se está desangrando. Hace un rato se movía, ahora ya no. ¿Por qué no se mueve?

Rodolfo Rojas Zea, reportero de *El Día* (*ivi*, p. 191).

La sangre de mi hija se fue en los zapatos de todos los muchachos que corrían por la plaza.

Dolores Verdugo de Solís madre de familia (*ivi*, p. 197).

Nueva *noche triste* posmoderna, *La noche de Tlatelolco* reproduce la concepción indígena del tiempo cíclico y el 2 de octubre de 1968 se revela en su “doble realidad [...]: del ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea o invisible” (Paz, 2008, p. 391). De ser así, en la conciencia visual de los Mexicanos se proyecta un archivo de imágenes de opresión que, desde la ocupación española hasta la represión de Díaz Ordaz, vienen habitando el espacio íntimo de la memoria en que resuenan las palabras de un famoso cantar de la Conquista: “el llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco”⁵. A través de la clave mítica del título, el lector imagina unirse a un ‘nosotros’ transgeneracional y formar parte de un mismo grito colectivo.

Conciente de que Tlatelolco, con toda su carga trágico-mitológica, afecta a toda la comunidad nacional, Elena Poniatowska moldea su documentación en la base de una antropología del discurso polifónico que, a través de la heterogeneidad de lenguajes, estilos y registros reproduce, tanto a nivel estructural como a nivel semántico, una polifacética visión de los hechos. Antes que nada, llama la atención la presencia en la obra de dos dimensiones comunicativas: una textual y otra figurativa. Cuarenta y nueve fotografías abren el relato y se imponen con su fuerza icónica en la reconstrucción testimonial ya que, como señala Paz, “no creo que las imágenes puedan mentir” (Poniatowska, 2015, p. 267). El choque emotivo resulta patente: una tras otra, las fotos cuentan las historias de millares de personas que paran de desaparecer en el anonimato de la masa y reconquistan su identidad por medio de la imagen imprimida. “Sin llegar a convertirla en una figura idealizada, la muchedumbre urbana [...] constituye el sujeto múltiple a partir del cual se produce, se organiza la obra” (Gelpí, 2000, p. 288): hombres y mujeres, cadáveres y heridos, jóvenes militantes y jóvenes soldados quedan inmortalizados en ese escenario de balas y sangre, atestiguando la conformidad de

⁵ Primer verso de un *icnocuicatl* (cantar triste compuesto por los poetas nahuas postcortesianos) traducido por Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla. Véase: León-Portilla, 2013, p. 198.

las declaraciones que siguen. El aparato textual, que reúne aproximadamente seiscientos testimonios, trata de recoser el cuerpo mutilado de la nación a través de un sinfín de perspectivas. La retórica de la multiplicidad cumple con la misión aglutinante, ya inicialmente evocada por el simbolismo mítico del título, dando vida a un sentimiento de tragedia colectiva:

Son muchos. Vienen a pie, vienen riendo. Bajaron por Melchor Ocampo, la Reforma, Juárez, Cinco de Mayo, muchachos y muchachas estudiantes que van del brazo en la manifestación con la misma alegría con que hace apenas unos días iban a la feria; jóvenes despreocupados que no saben que mañana, dentro de dos días, dentro de cuatro estarán allí hinchándose bajo la lluvia, después de una feria en donde el centro del tiro al blanco lo serán ellos, niños-blanco, niños que todo lo maravillan, niños para quienes todos los días son día-de-fiesta, hasta que el dueño de la barraca del tiro al blanco les dijo que se formaran así el uno junto al otro como la tira de pollitos plateados que avanza en los juegos, click, click, click, click y pasa a la altura de los ojos, ¡Apunten, fuego!, y se doblan para atrás rozando la cortina de satín rojo" (Poniatowska, 2015, p. 13).

La arquitectura plural de *La noche de Tlatelolco* reconstruye la dimensión pública de la memoria recurriendo a un amplio abanico de personajes. "No bastaba una sola voz, por dolida y sincera que fuese, para dar el sonido, la significación, la dimensión misma de los trágicos días vividos por muchos mexicanos en octubre de 1968"⁶, por lo cual la autora decide devolvernos el testimonio heterogéneo y compuesto de estudiantes, profesores, políticos, periodistas, padres de familia, atletas, antropólogos, actores y otras figuras profesionales y sociales. A nivel formal, la variedad de los textos incluye, en primer lugar, las dos macro-categorías de los testimonios escritos y orales. Al primer grupo corresponden artículos de periódicos, poemas, fragmentos de libros, carteles de los mitines estudiantiles y documentos oficiales:

Entonces, tal vez, será realidad el sueño de los muchachos muertos, de esa bella muchacha, estudiante de primer año de medicina y edecán de la Olimpiada, caída ante las balas, con los ojos inmóviles y el silencio en sus labios que hablaban cuatro idiomas. Algún día una lampara votiva se levantará en la Plaza de las Tres Culturas en memoria de todos ellos. Otros jóvenes la conservarán encendida.

Jose Alvarado, "Luto por los muchachos muertos", *Siempre!*, n. 779, 16 de octubre de 1968. (*ivi*, p. 257).

⁶ Contraportada en Poniatowska, 2015.

En cambio, al grupo de la transcripción de los textos orales, que ocupan la casi totalidad del libro, pertenecen gritos de la plaza, coros de las manifestaciones, comentarios de la calle, declaraciones oficiales pero sobre todo testimonios directos de los supervivientes al asalto, de estudiantes y profesores presos en la cárcel de Lecumberri y de familiares de las víctimas.

¡Muy bajo, están tirando muy bajo! ¡Muy bajo! ¡Agáchense!
Un oficial del ejército

¡Alto! ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! ¡Alto!
Voces en la multitud

¡No puedo! ¡No soporto más!
Voz de mujer

¡No salgas! ¡No te muevas!
Voz de hombre

¡Cérquenlos! ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Cérquenlos, cérquenlos les digo!
Una voz (*ivi*, p. 198).

Yo esperé toda la noche sentada junto a la ventana – vivimos en la unidad habitacional Loma Hermosa –, porque pensé que podrían llegar escondiéndose, con temor a que los siguieran. Pensé: «Tengo que estar alerta para abrirles la puerta apenas lleguen». Pero no llegaron.

Celia Espinoza de Valle, madre de familia, maestra de primaria (*ivi*, p. 205).

Abrí la puerta de la casa.

–¿Y Carlito?

–No ha llegado. No sabemos nada.

Entonces comenzó la peor noche de mi vida.

Margarita Nolasco, antropóloga (*ivi*, p. 239).

Dentro de esta clasificación lingüístico-formal, los testigos se distinguen también por sus diferentes opiniones políticas. Así que a lado de las que reivindican los seis puntos del pliego petitorio del Consejo Nacional de Huelga, se pueden leer las voces contrarias al Movimiento e incluso las que, justo a causa de la masacre, cambiaron de idea:

En mis tiempos a una bola de vagos y malvivientes no solía llamárseles estudiantes.

Pedro Lara Vértiz, sastre (*ivi*, p. 77).

¿Qué se han creído estos mozalbetes? Lo primero que yo les pediría son sus calificaciones.

Yolanda Carreño Santillán, cajera de la farmacia El Fénix (*ivi*, p. 85).

Lo que pasa es que los estudiantes querían robarle cámara a las Olimpiadas.

Lola d'Orcasberro, visitante de Francia a las Olimpiadas (*ivi*, p. 261).

La ropa sucia se lava en casa. Los estudiantes quería lavar la suya frente a los delegados olímpicos del mundo entero y aprovechar su presencia para inmiscuirlos en la política interna del país.

Douglas Crocker, conservador de museo, visitante norteamericano a las Olimpiadas (*ivi*, p. 262).

Yo no tenía la menor simpatía por el Movimiento Estudiantil; su pliego petitorio siempre me pareció absurdo: "destituir a Cueto". ¿Para qué?, si siempre lo reemplazarían con otro igual. Cada uno de los puntos era ingenuo.... Pero la barbarie del castigo, la saña de las autoridades en contra de los jóvenes, la desproporción absoluta entre la culpa y la represión me hizo cambiar....

Héctor Mendieta Cervantes, doctor en Neurología (*ivi*, p. 107).

Otro rasgo peculiar es la presencia de muchas referencias literarias. Gracias a la mano invisible de Poniatowska, el libro entreteje un diálogo intertextual con los pre-textos de la literatura de la masacre: Carlos Fuentes, Rius, Juan Rulfo, Luis González de Alba, José Carlos Becerra, Juan Bañuelos, Eduardo Santos, entre otros, prestan su voz a la denuncia del horror. Adicionalmente, además de las citas explícitas de estos autores, poder distinguir la huella histórica de Ramón Ramírez, el enfoque documental de Monsiváis, la mirada simbólica de Paz, los matices poéticos de Pacheco y la rabia de Revueltas "amplía los horizontes semánticos de *La noche de Tlatelolco* en dirección a una exploración de la identidad cultural y de la memoria colectiva mexicana" (Skłodowska, 1992, p. 162). El método polifónico, más allá de las diferencias de género, de ideales y de ceto social, devuelve identidad y dignidad a todos los testigos silenciados y aniquilados. "Este relato les pertenece" – escribe Poniatowska hablando de los estudiantes y de sus familias – "Está hecho con sus palabras, sus luchas, sus errores, su dolor y su asombro" (Poniatowska, 2015, p. 166). De este modo, el conjunto de las voces no cumple sólo con una necesidad de dramatización narrativa, sino sirve hasta de "soporte y autenticación de la veracidad" (Cervera Salinas, 2009, p. 53). "Formas polifónicas del silencio" (Cárdenas, 2006), las múltiples perspectivas encarnan un verdadero acto de resistencia: gracias a la exposición testimonial, *La noche de Tlatelolco* rescata a las víctimas del aislamiento mediático y les atribuye un rol protagónico en el proceso de reconstrucción histórica.

En esta reedificación de la memoria compartida también encuentra lugar la voz de la autora en primera persona. Firmadas con un simple "E. P.", sus intervenciones abren las dos secciones del libro confirmando un sólido compromiso entre la composición narrativa y la reconstrucción de los hechos. Su

participación como testigo funciona en la óptica de la antropología del discurso polifónico también para corroborar aquel “nosotros” mítico y no dejar la crónica en un “ellos” impersonal y distante. *La noche de Tlatelolco* habla a la sociedad mexicana por medio de las voces de la sociedad misma y justo esta coincidencia entre emisor y destinatario autoriza a la escritora para tomar la palabra junto con sus conciudadanos. E. P. es parte de la realidad mexicana y decide no auto-excluirse de ella, encajando su testimonio como una voz más que se une a la resistencia política. En la frontera híbrida de la acusación individual y comunitaria, Elena Poniatowska representa tanto “el sujeto biográfico (quien escribe y firma el texto) como el sujeto textual (la posición y representación textual)” (Gelpí, 2000, p. 287) y con su doble cara sujetual “supera el borramiento objetivista” (Ruisánchez Serra, 2012, p. 122) y se vuelve al mismo tiempo compiladora, lectora y productora de testimonios. Su presencia biográfica y textual a la vez no constituye una traición de lesa imparcialidad: ya que cada acto de escritura presupone un punto de observación, la autora no concibe su obra en la perspectiva de la neutralidad sino de una acción conciente y responsable de interrogación de la realidad: “¿Por qué? La noche triste de Tlatelolco – a pesar de todas sus voces y testimonios – sigue siendo incomprensible. ¿Por qué? Tlatelolco es incoherente, contradictorio. Pero la muerte no lo es. Ninguna crónica nos da una visión de conjunto” (Poniatowska, 2015, p. 173). Frente a la indiscutible objetividad de los muertos pero también a la imposibilidad de una explicación unívoca y definitiva, Poniatowska “se resiste autoconscientemente a una interpretación histórica” (Skłodowska, 1992, p. 157): no promete, a diferencia de otros textos⁷, el descubrimiento de una neo-verdad oficial sino más bien facilita su proceso de investigación testimonial como un instrumento contra-hegemónico de concientización. En las palabras de Vicente Cervera Salinas, leer *La noche de Tlatelolco*

trasciende el nivel literario, pero también va más allá del reportaje inmediato y contemporáneo de unos hechos: supone un acto de puro enfrentamiento al horror imposible de esquivar, por cuanto implica su previa existencia, y al mismo tiempo compromete al lector no sólo con la historia mexicana, sino con los mecanismos políticos elevados a categorías simbólicas (2009, p. 47).

Gracias al simbolismo del título, a la heterogeneidad del material recopilado, la pluralidad de las experiencias y la perspectiva fronteriza de la editora-testigo, *La noche de Tlatelolco* rehabilita la periferia silenciada y transforma sus testimonios en una extraordinaria fotografía urbana. La *poética de la plaza*, en su estructura poli-facética y poli-sémica, da vida a una narración contra-histórica

⁷ Véase la primera edición de *Tlatelolco 68* de Juan Miguel de Mora (1973), que reza en su portada “¡Por fin toda la verdad!”.

– fuera del canon de la historiografía clásica – capaz de reemplazar “el discurso mono-vocal” (Bencomo, 2002, p. 74) de la retórica oficial de la matanza. Si “el testimonio es el efectivo tener lugar de algo que pudo no tener lugar (en el sentido de que pudo no haber sido)” (Bacci-Oberti, 2014, p. 7), entonces *La noche de Tlatelolco* coincide con la plaza misma de Tlatelolco, volviéndose lugar físico y existencial donde la memoria colectiva y la memoria individual encuentran por primera vez un camino posible para salir del margen. Por esta razón Elena Poniatowska rechaza en 1971 el Premio Xavier Villaurrutia. Artimaña para silenciar la denuncia que iba difundiéndose con rapidez entre estudiantes y profesores universitarios, el reconocimiento público es el último acto de una invisible operación de censura mediática: con excepción de “Memorias del 68: Tlatelolco 2 de octubre” de José Emilio Pacheco, la obra no recibe ninguna reseña o mención en periódicos y revistas y la editorial ERA es amenazada por parte de anónimos. Fiel a su compromiso político, la autora se niega a ser galardonada oficialmente, conciente de que “la manera más eficiente de reducir el impacto del libro era canonizarlo” (Schuessler, 2017, p. 207). Paradójicamente, al incorporar la obra en el canon de las letras oficiales, su voz se habría quedado irreparablemente en el margen. “Libro-máquina de guerra”, la obra de Poniatowska es rescatada del peligro de convertirse en “libro-aparado de Estado” (Deleuze – Guattari, 2004, p. 15), a salvo de cualquier forma de ninguneo⁸. Si, de acuerdo con la que Sousa Santos plantea en su “sociología de las ausencias”, “lo que no existe es, de hecho, activamente producido como no-existente, o sea, como una alternativa no creíble a lo que existe” (Sousa Santos, 2010, p. 37), entonces el *libro-plaza* desafía este proyecto de marginalización y desenterra a los testigos del espacio de la no-existencia para colocarlos en el lugar activo y visible del espacio dominante. Dando voz a la plaza, Elena Poniatowska arma su respuesta política (afirmativa) a la que sería la gran pregunta de Spivak: sí, la plaza puede hablar y gracias a esta nueva palabra reconquistada puede abandonar el silencio de la subalternidad y colocarse en el centro de las narraciones. En este desplazamiento de la exclusión a la inclusión de las voces residuales, se viene plasmando una nueva metodología de reconstrucción de la memoria que ya no necesita una autorización oficial para hablar sino que se auto-entrega el derecho de palabra. En última instancia *La noche de Tlatelolco* resiste hasta nuestros días como arquetipo narrativo del '68 porque lo que el lector encuentra en sus páginas no es una científica demostración histórica de la masacre sino la exploración íntima, auténtica y coral de su significado humano.

⁸ “El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno”, (Paz, 2008b, p. 180).

Bibliografía

- BACCI, Claudia – Alejandra, Oberti. "Sobre el testimonio: una introducción". *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, v. 1, n. 1, Dossier "Testimonio: debates y desafíos desde América Latina", 2014. (pp. 5-13).
- BENCOMO, Anadeli. *Voces y voceros de la megalópolis. La crónica periodístico-literaria en México*. Madrid, Iberoamericana – Vervuert, 2002.
- CÁRDENAS, Tanius Karam. "Acercamiento semiótico al estudio de la crónica testimonial en la obra de Elena Poniatowska". *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, n. 33, 2006. <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero33/eleponia.html>
- CERVERA SALINAS, Vicente. "Elena Poniatowska y la polifonía nocturna de Tlatelolco". *Cartaphilus. Revista de Investigación y Crítica Estética*, n. 6, 2009. (pp. 47-55).
- DELEUZE, Gilles – Félix GUATTARI. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-textos, (1980) 2004.
- GELPÍ, Juan 2000. "Testimonio periodístico y cultura urbana en La noche de Tlatelolco de Elena Poniatowska". *CELEHIS - Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, n. 12, Mar del Plata, 2000. (pp. 285-308).
- LEÓN-PORTILLA, Miguel. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. México, UNAM, (1959) 2013.
- MONSIVÁIS, Carlos. *El 68. La tradición y la resistencia*. México, Era, (2008) 2015.
- PAZ, Octavio. "Crítica de la pirámide", *Posdata en El laberinto de la soledad*. Santí, Enrico Mario (ed.), Madrid, Cátedra, (1950) 2008a.
- PAZ, Octavio. "Máscaras mexicanas", *El laberinto de la soledad*. Santí, Enrico Mario (ed.), Madrid, Cátedra, (1950) 2008b.
- PAZ, Octavio. "A cinco años de Tlatelolco", *El peregrino en su patria. Historia y política de México, Obras Completas*. Tomo 8, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- PONIATOWSKA, Elena. *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*. Madrid, Escolar y Mayo, (1971) 2015.
- RUISÁNCHEZ SERRA, José Ramón. *Historias que regresan. Topología y renarración en la segunda mitad del siglo XX mexicano*. México, Universidad Iberoamericana – Fondo de Cultura Económica, 2012.
- SCHUESSLER, Michael. *Elenísima. Ingenio y figura de Elena Poniatowska*. México, Penguin Random House, 2017.
- SKLODOWSKA, Elzbieta. *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. New York, Peter Lang, (1991) 1992.

SOUSA SANTOS, Boaventura de. *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Lima, Instituto Internacional de Derecho y Sociedad, 2010.

Angela Di Matteo, Doctora en Estudios Euro-Americanos por la Università di Roma Tre, trabaja como profesora de Lengua y Literaturas Hispanoamericanas en la misma universidad. Actualmente se ocupa de teatro y narrativa mexicana y argentina de los siglos XX y XXI con particular interés por la antropología de la imagen sagrada, la estética de los cuerpos y la literatura de la migración y de la memoria.

Contacto: di.matteo.an@gmail.com

Recibido: 15/03/2018

Aceptado: 23/10/2018